

Nadie quiere ser el malo. Estrategias de vinculación a los barrios con ‘mala fama’

(Nobody wants to be the bad guy. Strategies of linkage to neighbourhoods with bad name)

Mena Martínez, Luis
Univ. de Salamanca. Dpto. de Sociología y Comunicación.
Edificio FES. Campus Unamuno, s/n. 37007 Salamanca
luismena@usal.es

BIBLID [1137-439X (2009), 32; 955-975]

Recep.: 05.02.2008

Acep.: 17.03.2009

Los barrios de una ciudad forman un paisaje comparativo de buenas y malas reputaciones. Se trata de estudiar cómo viven la relación con su barrio los que habitan en uno con ‘mala fama’; las distintas estrategias que usan para evitar ser percibidos como ‘el malo’; y algunas consecuencias de esas estrategias de vinculación con el espacio inmediato.

Palabras Clave: Barrio. Estigmatización. Comportamiento espacial. Ciudad. Lenguaje. Metodología cualitativa. Segregación.

Hiri bateko auzuneak entzute on eta txarreko paisaia konparatiboa osatzen dute. ‘Ospe txarra’ duen auzune baten bizi direnek euren auzunearekiko duten harremana nola bizi duten ikertzean datza; “zitaltzat” lez aintzat hartuak izatea ekiditeko erabiltzen dituzten estrategia desberdinak; eta gertuko espazioarekiko lokarri-estrategia horien ondorioetariko batzuk.

Giltza-Hitzak: Auzunea. Estigmatizazioa. Espazio-jarduera. Hiria. Lengoaia. Metodologia kualitativa. Banaketa.

Les quartiers d'une ville forment un paysage comparatif de bonnes et de mauvaises réputation. Il s'agit d'étudier la façon dont vivent la relation avec leur quartier ceux qui habitent dans un de ces quartiers “malfamés”; les différentes stratégies qu'ils utilisent pour éviter d'être perçus comme “le mauvais”; et quelques conséquences de ces stratégies de lien avec l'espace immédiat.

Mots Clé: Quartier. Stigmatisation. Comportement spatial. Ville. Langage. Méthodologie qualitative. Ségrégation.

En este artículo se pretende analizar los efectos que tiene la imagen de zonas con 'mala fama' en algunos aspectos de la vida de quienes habitan en esos lugares mal valorados. Partimos del análisis de la imagen que se tiene de estos barrios desde fuera (el resto de la ciudad) y desde dentro. Hay una clara vinculación entre ellas, de modo que las auto-imágenes se construyen en relación con las imágenes que tienen de tu zona desde el resto de la ciudad.

Esto nos obliga a detenernos en el concepto de 'mala fama' de un lugar dentro de la ciudad. Algunas zonas, en todas las ciudades, tienen mala fama. Esta 'fama' afecta a las decisiones de actores clave externos al barrio y, en la mayoría de los casos, acaban reforzando la imagen inicial, que se convierte así en una profecía auto-cumplida.

Pero la 'mala fama' también afecta a la forma de vincularse al espacio de los habitantes de estas zonas. En esto centraremos la mayor parte del texto. Se trata de mostrar algunas consecuencias de la dificultad que supone sentirse vinculado a un espacio con una valoración negativa, así como las diversas estrategias que, en el caso de Salamanca, utilizan los vecinos de estas zonas a la hora de construir la propia relación con el lugar en el que habitan.

1. LA IMAGEN DE LA CIUDAD

Tenemos que comenzar destacando la importancia de la imagen de la ciudad. Toda ciudad es una realidad compleja y dinámica, inabarcable en su totalidad de realidades y detalles. Cuando miramos la ciudad desde la vivencia cotidiana de habitarla, estamos construyendo significados sobre la misma. Esto lo hacemos sobre la ciudad en general, a la que atribuimos unas características generales que la definen, pero también creamos diferencias internas, damos distintos significados a distintas partes de la ciudad. Todo significado lleva consigo una valoración. Las formas de entender la ciudad no son neutras ni meramente descriptivas, sino que llevan asociados juicios de valor (partes buenas o malas de la ciudad). El marco espacial no es sólo el escenario físico en el que habitamos y desempeñamos roles, sino también un 'marco' en el sentido de Goffman (1987): nos proporciona un modo, junto a otros, de articular la realidad y de dar sentido a nuestras acciones y opiniones cotidianas.

Pero, desde Berger y Luckmann (1968), sabemos que los hechos sociales tienen un proceso de interiorización en el que se reconstruyen y se matizan desde la acción. Podemos definir la práctica discursiva como el modo en que "hacemos nuestro mundo significativo para nosotros y para otros" (Gregory, 1994: 11). Siempre operamos dentro de una formación discursiva que representa "una forma de pensar y escribir sobre un sujeto [...] Toda afirmación opera dentro de un discurso particular que define o limita cómo pensamos sobre las cosas" (McDowell, 1994: 163). En este sentido, Lefebvre introduce la idea de que los habitantes de la ciudad viven ese espacio no como algo meramente físico o dependiente de una determinada situación económica, sino "a través de las imágenes y símbolos asociados" al mismo (Lefebvre, 1974: 39). Habla así, jun-

to con Castoriadis (1983; 1989) del concepto de imaginario social como conjunto de significados mitologizados pero internalizados, que se mantienen y comunican colectivamente.

Aplicando estas ideas al hecho espacial, podemos afirmar que hay una realidad preexistente, no sólo física (espacio construido) sino también social (significados existentes). Al acercarnos al espacio en el que habitamos, no partimos de cero, como exploradores en un territorio desconocido, sino que tenemos unos guías que nos dicen para qué sirve cada espacio, qué podemos hacer, y qué valoración merecen los distintos espacios. Se configura así una estructura interna de la ciudad. En la imagen de la ciudad, por tanto, hemos de incluir las distintas zonas que se identifican, así como el significado y la valoración que se da a esas zonas y, por ende, a sus habitantes.

2. METODOLOGÍA UTILIZADA

Lo que pretendemos analizar es cómo perciben y valoran los habitantes de los barrios periféricos de Salamanca el espacio en el que habitan, y cómo organizan desde esas percepciones su vinculación con esos lugares. Pretendemos acceder, por tanto, al discurso sobre la ciudad de los habitantes de estos barrios. La metodología cualitativa es la que usa la producción y el análisis del discurso como instrumento básico. Nuestra tarea es descubrir el modo en que los vecinos de los barrios 'traducen' los significados sociales sobre el espacio urbano y los acoplan a su experiencia y a sus acciones.

Nos interesa, por tanto, el discurso de grupos sociales que hablen de su cotidianeidad. La técnica que nos aparece más apropiada para recoger este tipo de discurso es el *grupo de discusión*, que es en la que mejor se desarrolla el potencial conversacional y la apertura de la metodología cualitativa (Ibáñez, 1985). Esta técnica pretende reproducir artificialmente un grupo de pares, donde se posibilite un discurso fluido, que el moderador se encarga de hacer girar en torno al objeto de estudio.

En primer lugar, había que identificar los barrios 'con mala fama' dentro de la ciudad. Desde la experiencia previa y el conocimiento de la ciudad, se pueden identificar tres zonas con una valoración negativa en Salamanca:

- El Trastornes al sur, en la margen izquierda del río Tormes (el centro histórico está en la margen derecha), con los barrios de San José, El Tormes, La Vega, Arrabal, Teso de la Feria, Zurguén, Chamberí, Los Alambres-San Buenaventura, Vistahermosa, Tejares y Buenos Aires, con 22.190 habitantes.
- Pizarrales al noroeste, en torno a la antigua carretera del Ledesma, más allá de la segunda ronda interior, con los barrios de Pizarrales, Barrio Blanco y Barrio del Carmen, y 14.461 habitantes.

- Puente Ladrillo al noreste, en el exterior de la segunda ronda interior y al este de la vía del ferrocarril, con el barrio del mismo nombre, y 4.375 habitantes.

Esto nos da un total de 41.023 habitantes sobre un total de 162.172 en 2007 según datos del Ayuntamiento de Salamanca. Por tanto, en estas zonas habitan el 25,3% de los habitantes de la ciudad. Por razones de tamaño y facilidad de desplazamiento de los asistentes a los grupos hemos centrado nuestro trabajo de campo en la zona del Trastormes.

Teníamos que identificar, desde un diseño estructural de la investigación, aquellas estructuras de relaciones que pueden generar distintos discursos sobre nuestro objeto de estudio (Alonso, 1998). Es decir, se trata de analizar los discursos existentes, para lo cual hay que partir de una identificación de estos discursos a partir de ejes discursivos (Murillo y Mena, 2006: 100). En este sentido, consideramos que un uso distinto del espacio urbano inmediato provocará discursos diferentes sobre ese lugar. Una variable que influye en el uso que se hace de estos espacios es el momento del ciclo vital: no usa del mismo modo el espacio urbano un adolescente que un jubilado. Por eso hemos identificado cuatro momentos del ciclo vital que, debido al uso diferenciado que hacen de los espacios urbanos, pueden generar discursos diferentes: adolescentes (13-15 años), jóvenes sin responsabilidades familiares (18-26 años), adultos (35-55 años) y mayores (60 años o más). Dentro del grupo de jóvenes diferenciamos los discursos de los que siguen formándose, y el de quienes están incorporados, en precario, al mundo laboral, muchos de ellos en paro. En las edades adultas diferenciamos el discurso de varones y mujeres. De este modo tenemos 6 discursos distintos, con los que se pretendía hacer 6 grupos de discusión. El grupo de varones adultos fue imposible de realizar por la falta de asistencia a las convocatorias realizadas, por lo que se sustituyó por una entrevista. El trabajo de campo y la numeración de los grupos correspondientes se resumen en el cuadro siguiente:

Adolescentes	Jóvenes	Adultos	Mayores
(G1)	En formación (G2)	Mujeres (G4)	(G5)
	En precario o parados (G3)	Varones (E1)	

3. LA IMAGEN DEL BARRIO

En la estructura percibida de la ciudad, que nos permite hacernos un mapa mental y valorativo del espacio urbano, algunas zonas se identifican como 'barrios'. Pero el significado del barrio varía entre individuos y grupos, con lo que existen potenciales divergencias en los límites, en las características, y hasta en el grado de existencia de los propios barrios.

Partimos de la definición de barrio de Galster (2001) que lo entiende como un "haz de atributos espacialmente basados asociados con grupos de residencias, a veces en unión con otros usos de la tierra". El barrio es así una mercancía compleja que consiste en un manajo de bienes más simples: los atributos espa-

ciales que incorporan aspectos de contenido, localización o comportamiento¹. Esto supone que, dependiendo del paquete de atributos, los barrios pueden definirse y clasificarse de modo distinto. Más aún, "donde cierta dimensión está ausente, el barrio en esa dimensión está ausente". No solo el tipo, sino la propia existencia de los barrios puede variar en el espacio urbano. Galster habla en este sentido del "grado de presencia del barrio". Según este autor, por tanto, puede haber distintas divisiones dentro de la ciudad, y, además, no todas las zonas de la ciudad constituyen 'barrios' del mismo modo. Esto implica que hay zonas que pueden no ser un barrio en alguno de los sentidos posibles de esta palabra (zonas sin características sentimentales o de interacción social) o que lo son de un modo más débil, con menor 'grado de presencia'. Pone en primer término al investigador, que es quien seleccionaría la parcelación dependiendo de un tipo de atributo particular de su interés. En Salamanca, de hecho, hay áreas que no se definen como barrios, sobre todo en la zona que rodea al centro histórico.

Y la importancia relativa de los barrios es distinta para diferentes grupos sociales (mayores, minorías, parados, mujeres o niños pueden considerarse, en principio, mas 'barriodependientes'). Esto nos plantea que puede haber barrios 'nominales' con escasas interacciones, y que pueden ser perfectamente válidos para determinados grupos sociales, aunque no para otros grupos con menos recursos (Meegan y Mitchell, 2001). Nosotros partimos de la percepción de los habitantes de la ciudad, que identifican ciertos barrios como tales, y les asocian unas valoraciones que, a su vez, influyen en la autopercepción y el uso de los espacios cercanos de quienes habitan esos espacios, sobre todo en aquellos barrios con 'mala fama'.

3.1. Imagen externa del barrio

El barrio es una parte esencial de la socialización en un orden social más amplio, y esto, no sólo por su composición y dinámica interna, sino por "cómo es

1. Los atributos espaciales del barrio para Galster (2001) son:

- características estructurales de los edificios residenciales y no residenciales (tipo, escala, materiales, diseño, densidad, estado...).
- características infraestructurales (carreteras, aceras...).
- características demográficas de la población (edad, composición familiar, etnia, religión).
- características de clase y status de los residentes (ingresos, ocupación, nivel educativo).
- características del conjunto de servicios públicos (policía, escuelas, administración, parques...).
- características medioambientales (polución, topografía, vistas).
- características de proximidad (acceso a fuentes de empleo, entretenimiento, compras..., teniendo en cuenta la distancia y las infraestructuras de transporte).
- características políticas (capacidad de influencia, conexión con redes externas...).
- características de interacción social (redes de amigos, relación entre familias, asociaciones, comunalidad percibida, fuerza del control social...).
- características sentimentales (identificación con el lugar, significación histórica de los edificios o del distrito...).

visto por los residentes en otros barrios y por las instituciones y agencias que juegan un rol en las estructuras de oportunidad" (Forrest y Kearns, 2001: 2134). Las identidades residenciales se insertan, como explican estos autores, en un paisaje psicológico fuertemente comparativo, en el que cada barrio es visto primariamente como contraparte de algunos otros, y las diferencias relativas son probablemente más importantes que cualquier característica compartida. Los barrios adquieren identidad en un diálogo entre ellos, y este diálogo entre grupos y agencias conforma el mapa cognitivo de la ciudad, y establece buenas y malas reputaciones, que se pegan a unos barrios con más fuerza que a otros. Estas

[...] percepciones externas impactan en el comportamiento y actitudes de los residentes de forma que refuerzan la agrupación cohesiva y consolidan las reputaciones (Forrest y Kearns, 2001: 2135).

Según Phe y Wakely (2000) la forma urbana se explicaría por una distribución de grupos formando anillos en torno a lo que llaman 'polos de status'. Estos polos pueden ser diferentes para distintos grupos sociales, y pueden cambiar con el tiempo. Para definir estos polos es imprescindible conocer los valores de una sociedad dada (y de sus grupos), y los significados que se atribuyen a los diferentes espacios y su evolución. El status percibido es lo que hace a un área deseable o no, y este status es un constructo social a través de la atribución de significados, que puede cambiarse a través de estrategias proactivas, basándose en el conocimiento de la estructura social de la ciudad.

Partiendo de nuestra investigación, añadiríamos a esta propuesta una posible existencia de polos 'negativos' de status, probablemente con un efecto más débil que los positivos, pero que también influyen a la hora de conformar la ciudad (no vivir, si se puede evitar, cerca de determinado barrio o área con una reputación especialmente mala). En Salamanca esto se traduce en evitar cruzar el río en estos momentos, aunque esto suponga estar objetivamente más lejos de la zona monumental, que es el gran polo de atracción.

En la construcción de la forma de la ciudad juegan un papel fundamental los procesos de construcción de significados de los espacios urbanos, en especial las valoraciones que están detrás de los status que se atribuyen. Las decisiones de los hogares parten de estas valoraciones, con lo que reproducen y consolidan, como una profecía autocumplida, las características socioeconómicas que se ajustan a esos significados.

3.2. Imagen interna del barrio

Para completar la imagen, hay que acercarse a la construcción de significados que hacen de su realidad, y de su relación con la ciudad en general, los habitantes de estas zonas que se perciben como diferentes y valoradas negativamente. Estas auto-imágenes casi siempre son consecuencias de las acciones que se derivan de la imagen que se tiene del barrio desde fuera. Vivir en un sitio mal visto, 'maldito', donde, desde fuera, se piensa que todos son iguales, influ-

ye en las relaciones afectivas o laborales con el exterior. Si además se considera un sitio peligroso, muy poca gente se atreverá a ir allí (ni siquiera familiares o amigos), con lo que la falta de información directa va a reforzar el prejuicio. El papel que juegan las imágenes y las expectativas es fundamental para conformar el resultado final de un barrio y sus características. En el caso que nos ocupa, esto implica que la auto-imagen de los vecinos tiene que responder ante una mala imagen existente desde el exterior.

En el interior del barrio, se suele culpar a un sub-grupo de la mala imagen general, a los que se acusa de la pérdida de confianza entre los vecinos (Bourgois, 1999), o de la des-pacificación de la vida cotidiana (Wacquant, 1996). Esto provoca la acentuación de las divisiones internas, que pueden ser diversas y a menudo superpuestas: nosotros (los habitantes 'buenos' del barrio) frente a los inmigrantes, frente a los jóvenes, frente a las drogas, debilitando así la cohesión social (Wacquant, 1994). De este modo, aunque los traficantes y consumidores de droga, por ejemplo, sean una minoría, son muy visibles al apropiarse del espacio público. Y, como, además, las autoridades no suelen poder (o querer) controlarlos, no se confía en la policía, ni en soluciones desde el exterior. El resultado puede ser un sentimiento de fatalidad, de no poder hacer nada: sienten que están socialmente aislados, abandonados. En este sentido es significativo que a pesar de mejoras en la infraestructura física (alcantarillado, pavimento, agua, iluminación...), se dice que 'vivimos peor' porque las conexiones con el exterior se han debilitado, y la confianza interna y las redes de ayuda mutua casi han desaparecido, por lo que predomina ese sentimiento de fatalidad, pesimismo y melancolía (Auyero, 1999).

Veamos cómo sucede esto en el caso de las periferias salmantinas. Parece haber una desvinculación con la ciudad en el lenguaje cotidiano, se considera a Salamanca como algo distinto al espacio en el que habitan. Y ellos mismos se dan cuenta de que hablan de Salamanca como algo distinto:

[...] algo curioso, tenemos Salamanca al otro lado del río (G2).

El hecho de desplazarse al centro urbano se nombra como 'ir a Salamanca'. Esta desvinculación tiene dos dimensiones: es algo que está en el lenguaje cotidiano, que se asume; pero por otro lado es algo que se percibe como reforzado e impuesto desde las áreas centrales. Desde el Trastornes se habla de 'subir' a Salamanca.

- Es verdad, subimos a Salamanca, yo también [lo digo].
- Incluso gente que vive en Garrido, cuando salen de fiesta dicen: 'vamos a bajar a Salamanca', y yo: '¿cómo que bajáis?, estáis' 'no, no, bajamos a Salamanca', igual que nosotros decimos subimos (G2).

Esta frase merece algunos comentarios: en primer lugar, consideran que todos los salmantinos consideran el centro de la ciudad como la verdadera ciudad, no sólo los del otro lado del río. Esto les resulta extraño: para los que están en la margen izquierda, los de Garrido están en Salamanca, los barrios no histó-

ricos del otro lado del Tormes, pertenecen a la ciudad. También es muy significativo la expresión que se usa a uno y otro lado: bajar y subir.

[...] desde aquí, decimos para arriba que es para abajo, pero vas a Salamanca (G3).

Físicamente, desde el barrio de San José, primero hay que bajar hasta el río, de modo más pronunciado que la ligera subida de la calle San Pablo con la que suelen llegar a la Plaza Mayor. Quizá el único sitio por el que realmente se 'sube' al centro es por el Puente Romano (el camino desde el Arrabal). La pendiente de 'bajada' desde Garrido tampoco es demasiado acusada. Quizá la explicación del uso de estos verbos es más metafórica que física. Subir, ir hacia arriba, es una metáfora estructural común (como analizan Lakoff y Johnson, 1995), que implica que lo bueno y el poder están arriba (*ascender* en el trabajo, llegar a lo más *alto*, lo que deciden los de *arriba*), por tanto, ir al centro, expresado como subir a la ciudad, significa que es un camino hacia lo bueno, hacia donde se toman las decisiones, hacia lo importante, frente a lo cual nosotros estamos abajo. En cambio 'bajar a Salamanca' (o a la Plaza), lo que expresa es sobre todo la facilidad percibida de acceso, cuesta menos ir al centro que volver a casa, expresa el atractivo del centro y de su uso para los habitantes de los barrios que lo rodean. Subir a Salamanca, que es la forma de nombrar la relación con la ciudad de las periferias, implica que el barrio está por debajo, es inferior, y, además, es algo distinto de Salamanca, que es a donde vas.

Sin embargo, en la zona intermedia (espacios situados entre el centro histórico y los barrios con mala fama) no se habla de 'ir' a Salamanca sino a la Plaza Mayor, es decir, el centro es una parte más, no otra ciudad, algo distinto, como sucede en las periferias. Es decir, ir al centro no es ir a una entidad distinta, sino acercarse a un punto concreto de la misma ciudad en la que habitas.

- Yo creo que en Garrido [zona intermedia] nadie dice voy a Salamanca.
- Yo hasta hace tres años he vivido siempre en Garrido y la verdad es que dices vamos a la Plaza.
- Otros dicen vamos a la Gran Vía (G4).

Esta desvinculación de la ciudad consideran que también se percibe desde el otro lado, desde el centro y las zonas intermedias. Desde el Trastornes consideran barrios similares a los suyos Pizarrales y Puente Ladrillo, es decir, las periferias de nuestro diseño. Para ellos el río es la gran barrera (recordemos que están hablando desde el otro lado). Esta idea de no ser considerados parte de la ciudad hace que se tenga que poner énfasis en esta pertenencia cuando se nombra, como si no fuera algo evidente:

[...] la gente algunas veces no considera esto Salamanca, a mi pesar, porque esto es Salamanca, ¿no? (G3).

Asumir la separación, que discrimina, se considera algo negativo, e incluso en algún grupo se prohíbe expresamente hablar de Salamanca como algo distin-

to al lugar en que se habita, aunque alguno, inconscientemente, quebrante la prohibición.

Vinculado a esta idea se les considera lugares lejanos. En esta percepción de lejanía tienen mucho que ver los bordes bien definidos que los separan simbólicamente de la ciudad, como el río, aunque la distancia pueda ser físicamente menor que la de otras zonas que se consideran más cercanas. Se usa el puente, que en principio sirve para unir, como símbolo de la separación.

- Si dices 'soy de San José', pues dicen 'uy, que lejos'
- [...] aquí estamos más incomunicados, el puente es una barrera y grande, grandísima (G5).

Son conscientes de que se les considera 'malos', fichados. Es decir, del mismo modo que la policía ficha a alguien, y estar fichado supone una sospecha permanente ante cualquier cosa que haga esta persona, estos barrios están "fichados" por la gente de la ciudad, de modo que cualquier cosa que pase allí o que hagan sus vecinos, se verá con un matiz de sospecha. Por eso se consideran marginados.

- Porque estamos fichados, siempre somos los cinco barrios de siempre.
- Estamos marginados (G1).

De esta mala fama y su contenido nos ocupamos a continuación.

4. LA MALA FAMA

'Mala' es un adjetivo que conlleva una valoración, en este caso negativa. Podríamos pensar que si consiguiéramos descargar las imágenes de los espacios urbanos de su carga valorativa, limitándonos a una mera descripción, solucionaríamos este problema. Pero esto no es posible en el uso cotidiano del lenguaje, como nos muestra el análisis del *acento evaluativo*: todo acto de habla implica juicios de valor sobre las cosas que suceden en el mundo (Voloshinov, 1992: 70 y 105; Bakhtin, 1986: 84 y ss.). Este acento marca la diferencia entre el 'significado' de diccionario y el 'tema' del contexto específico, y es inseparable del significado y del cambio de significado de las palabras. Un cambio de significado, por tanto, es una 're-evaluación'. Esto tiene relación con la valoración que implica el habitar en uno u otro lugar de la ciudad. Existe también un 'contexto evaluativo' imbuido de acento evaluativo que se refleja en ese mismo contexto. Estos contextos y acentos son sociales por naturaleza: no reflejan sólo preferencias individuales, sino los valores compartidos y las creencias del grupo social al que pertenecen.

Un aspecto importante en la relación de ciertos espacios, como aquellos donde se concentra una etnia determinada, con el resto de la ciudad es su imagen negativa (Wacquant, 1996), de modo que la falta de comprensión y empa-

tía por parte de los medios de comunicación locales, supone una ignorancia de la realidad de ese espacio, que se traduce en intolerancia y miedo (Goldsmith, 1997). En este sentido llamar a un espacio 'ghetto' añade un elemento de coerción y unas connotaciones negativas a un espacio que podría ser, sin más, un 'enclave étnico' (Marcuse, 1997).

Esto se agrava cuando entra en juego el miedo. El miedo, de qué tenemos miedo, sólo tiene una respuesta local y provisional (Zedner, 1995). Aunque se relacione con amplias transformaciones en la cultura y en la economía, sólo puede estudiarse en un lugar concreto (Taylor et al., 1996). Se conecta con las comprensiones del lugar, de su historia y de su trayectoria de desarrollo, con la 'estructura del sentimiento' de la que habla Williams (2003). Cuando la gente habla de crímenes a menudo habla de lugares. Mucho 'miedo al crimen' tiene que ver con la protección de determinados lugares contra incursiones ajenas. Esto configura 'mitos de lugar' (Lash y Urry, 1998) que son materialmente cruciales en las sendas ascendentes o descendentes de vecindarios o ciudades (Davis, 2003), generando procesos de polarización que se intensifican en los últimos años. El miedo no es reflejo de un riesgo 'objetivo', sino algo "enraizado en un contexto de significados que incluye el uso de metáforas y narraciones sobre el cambio social" (Sparks, 1992: 131). Resulta fundamental, por tanto, comprender el carácter 'situado' de la recepción y la apropiación de las representaciones genéricas del crimen, que tiene además una dimensión reflexiva: el miedo de un lugar tiende a ser relacional y comparativo (Sparks, Girling y Loader, 2001). Mirar con miedo a determinados espacios es una parte fundamental del estigma de ciertos barrios.

La 'mala fama' de determinados espacios se reproduce en el discurso cotidiano, mediático, político e incluso científico. Esta reproducción de discurso tiene efectos en los vecinos de estas zonas. Así, Ellaway et al. (2001) encuentran que la salud relativa correlaciona con la calidad y la cohesión percibidas en el barrio, y Atkinson y Kintrea (2001) subrayan que detrás de los efectos del barrio está sobre todo la reputación del barrio, para los de dentro y para los de fuera. Es decir, "la estigmatización es el mecanismo clave para la exclusión a través del lugar de residencia" (Atkinson y Kintrea, 2001: 2290). La mala imagen de un barrio es el mecanismo clave para sus efectos, bien por parte de sus propios habitantes, bien a través de estigmas que influyen en el comportamiento de los actores externos al barrio, en especial los empleadores y los profesionales de los servicios públicos. Los efectos de vivir en un barrio, por tanto, se asocian a las percepciones, a los significados que se da a los barrios por parte de sus habitantes y, sobre todo, por parte del conjunto de habitantes de la ciudad, en especial de los actores clave. Esto nos apunta a que muchos de esos efectos tienen que ver con la estigmatización de determinadas áreas y, con ellas, de sus habitantes.

Si hablamos de Salamanca, los barrios periféricos son, para el resto de la ciudad, algo desconocido, pero indudablemente malo. La separación física y simbólica hace que a estos barrios no venga nadie que no sea del barrio, frente a lo que pasa en otras zonas de la ciudad, sobre todo en el centro. Es decir, que prácticamente nadie que no sea del barrio entra en él. Esto provoca que la realidad de los barrios no se conozca. Son zonas ignoradas y no pisadas por el resto de la ciudad. Además, el miedo generado por la mala fama impide o al menos dificulta la

relación con los que no son de los barrios. Por eso los encuentros con gente de otras zonas de la ciudad nunca se hacen en los barrios periféricos, sino que se usa el centro urbano como espacio de encuentro. Lo extraordinario es que alguien de fuera venga al barrio, los de fuera no pisan el barrio para nada, y, por tanto, no pueden conocerlo. Los únicos contactos que se citan son de adolescentes a través de los campeonatos escolares, muy mediatizados por el miedo, de modo que los partidos en estos barrios no son un partido como otro cualquiera, sino que el miedo impide un desarrollo normal, reforzando el prejuicio.

La presencia de gitanos resulta fundamental para la imagen de las zonas periféricas, aunque es algo de lo que cuesta hablar y genera silencios cuando aparece en el discurso. La imagen que se tiene de este colectivo étnico se vincula a la delincuencia y a la falta de respeto a las normas, incluso en algunos casos a la miseria. En los barrios periféricos es donde se supone que vive este colectivo con mala fama, con lo que su imagen se asocia a la que tienen los gitanos. La gran causa de la mala imagen de las periferias es su asociación a las drogas, de modo que cuanto más cerca de la periferia, más probabilidad de que haya drogas. Esta asociación a las drogas justifica el aislamiento de estos barrios, como forma de proteger al resto de la ciudad. Se produce además una equiparación gitanos = droga, que conlleva inseguridad y violencia, expresado en la presencia de navajas. El resultado es el miedo, con lo que para la ciudad en su conjunto no es un problema, sino todo lo contrario, que sea un barrio aislado y alejado. La imagen de estos barrios se asocia así a gitanos = navajas = droga.

El tercer elemento, por lo tanto, consecuencia de la presencia de gitanos y droga, es el miedo. Este miedo funciona en varias dimensiones. Por un lado, son conscientes de que los vecinos de estos barrios generan miedo en el resto de la ciudad. Esto dificulta las relaciones con personas externas a la periferia.

[...] no puedes hablar con nadie porque te temen (G1).

Pero también existe en la vida cotidiana de los vecinos en los barrios, lo que hace que a algunos adolescentes no les dejen salir, y ocupen su ocio en casa. Este miedo es algo en lo que todos están de acuerdo, destacando algunas partes de la zona especialmente peligrosas. Esto se puede atribuir al diseño de estas partes del barrio, sin calles, con espacios entre bloques de viviendas, pero, desde luego, afecta al potencial de uso del espacio de los barrios periféricos, por la sensación de inseguridad. Los propios vecinos dan miedo, frente a la idea de las relaciones de barrio como protección para los vecinos. Aunque hay quien defiende que en el barrio 'no te va a pasar nada', el grupo discrepa:

- Con la inseguridad que hay como pa' salir pa' la calle.
- Da miedo salir a la calle [...] está oscuro y te sale por ahí un jincho [sic].
- [...] te sale uno, cualquiera, de algún lado, y no lo ves (G1).

Todo esto se traduce en la 'mala fama' de estos barrios. La fama, la imagen percibida de los barrios por parte del resto de la ciudad es la gran barrera que se

Mena, Luis: Nadie quiere ser el malo. Estrategias de vinculación a los barrios con 'mala fama'

percibe, la causa para los vecinos de estas zonas de su discriminación y marginación.

- No es por el río, sino por los barrios, que tienen mala fama.
- A raíz de lo de la droga y todo eso (G3).

Esta mala fama está tan asumida, que cualquier gesto genera suspicacia, les parece que todos les miran mal. Así al comienzo de un grupo, se plantea qué barrios son buenos, y la persona de Buenos Aires dice que:

[...] todos, yo no tengo ninguna pega [silencio breve] no me mires, hija (G3).

Resultaba lógico que la miraran porque era la primera que hablaba. Esto se explica porque Buenos Aires es el barrio con peor fama de la ciudad, y se siente atacado simplemente porque le miren cuando se habla de barrios buenos y malos: piensa que todo el mundo cree que el suyo es un mal barrio. Se está tan convencido de esa mala fama que no se puede creer que alguien pueda valorar de una forma positiva algo que tenga que ver con estos barrios de peor fama. No es comprensible que alguien pueda querer o valorar positivamente ese barrio; y eso lo dice alguien que vive allí, lo que da una idea muy clara de la vinculación que se tiene con ese espacio, y de lo asumida que está la imagen negativa del barrio:

- [de San José] yo también quiero mucho a Buenos Aires porque he estado trabajando allí dos años y medio.
- [de Buenos Aires] eso no me lo explico (G3).

Se es tan consciente de la importancia de la imagen, de la 'mala fama' que incluso se hacen movilizaciones (en concreto en Buenos Aires) reivindicando ser un barrio más, un barrio 'normal', pero con escaso resultado.

Nos vamos a tener que parar porque no se lo cree nadie (G4).

En definitiva, son espacios que se perciben como alejados, más en lo simbólico que en lo físico, aunque esa distancia percibida provoca un aislamiento de los barrios que hace que sean desconocidos, en el sentido de no pisados, por parte del resto de la ciudad. Este desconocimiento provocado por el aislamiento hace que la única forma de información sean los prejuicios, reforzando así la 'mala fama' de la que se quejan estos barrios.

5. LA VINCULACIÓN CON EL BARRIO

Dado el panorama que se acaba de presentar, los habitantes de los barrios con mala fama van a tener dificultades añadidas al vincularse a su espacio cercano, ya que éste recibe una valoración negativa. Pero antes de ver qué estrategias siguen los vecinos de estos barrios, hay que hacer algún apunte sobre el tipo de vínculos de los que hablamos en los barrios del siglo XXI.

El barrio como comunidad con fuertes vínculos se considera algo perdido. Se habla de una comunidad urbana en crisis que se intenta revitalizar desde la participación y las actividades comunitarias (Ploger, 2001), proponiendo una planificación de ciudades socialmente sostenibles. Resurge así la producción de espacios informales para reestablecer la seguridad de la comunidad, que se ha perdido por la fragmentación social (Lash y Urry, 1998: 5-6). El presupuesto es que si la comunidad ofrece espacios públicos confortables, atractivos, seguros y amigables, esto generará un sentimiento de pertenencia a un lugar o a una comunidad, un sentimiento de alteridad y pertenencia.

Pero en el contexto actual, la gente funciona en diferentes redes sociales, a diferentes escalas, cruzando tiempos y espacios, de manera que pueden buscar cosas diferentes en su 'área de hogar' (Kearns y Parkinson, 2001). La necesaria cercanía a otros se puede desarrollar en áreas distintas a las de la propia residencia, dependiendo de dónde pasemos más tiempo y de las oportunidades para encontrarnos con los otros. Para determinadas personas, su pauta personal de geografía-tiempo delimita su 'barrio con funciones de área de hogar' cruzando la región urbana más amplia. Además, la naturaleza de las actividades desarrolladas en el barrio, y la composición social y física del mismo afectan. Es decir, no todo el mundo toma cervezas en el bar del barrio si hay otros lugares accesibles. Esto nos apunta que el grado de importancia del barrio como espacio y las funciones que cumple depende en buena medida de quién eres y de dónde estás.

Del declive de la comunidad habla Hawley (1982), para quien la comunidad hace referencia al pasado², y es sustituida por vínculos de 'sociedad': vínculos débiles, limitados, y basados más en la racionalidad de medios-fines que en sentimientos. Es decir, lo que queda de vínculos sociales en los barrios se reduce a una acción racional, como mecanismos de protección de niños o del valor de la vivienda como inversión, más que un interés en la interacción social.

Con todo esto, el barrio como fuente de identidad queda erosionado por un modo de vida más fluido e individualizado. Las redes sociales ya no son de barrio, sino de ciudad, de nación o virtuales. Pero también la sensación de lejanía puede reforzar al barrio como fuente de confort y seguridad. Por eso podemos hablar más de un cambio del barrio que de un final del barrio. Eso sí, considerando el barrio no como una mera entidad territorial limitada, sino como una serie de redes sociales superpuestas en una localidad, que sigue influyendo en nuestras vidas. Lo que somos está ubicado en una localidad que contribuye a nuestras posibilidades y limitaciones, y afecta a nuestro bienestar y a nuestra autoestima.

Ahora bien, esto no implica necesariamente, como apuntan quienes hablan de 'capital social' (Putnam, 1994), la existencia de fuertes vínculos sociales. Si

2. Aunque este pasado se ha romantizado, ya que la movilidad en los barrios obreros era bastante más alta de lo que parecen suponer quienes hacen referencia a ellos como ejemplo de comunidad fuerte (Guest, 2000).

nos fijamos exclusivamente en estos vínculos fuertes, sólo serían importantes para los pobres y para los viejos o los niños. Parece más apropiado, en cambio, fijarnos en el rol de los "vínculos débiles" (Grannovetter, 1973) o "contactos no pretenciosos cotidianos en el barrio", es decir, esos vínculos que son importantes para 'sentirse en casa', o 'sentirse seguro'. El barrio, en nuestro contexto, serviría así para desarrollar y mantener estos vínculos débiles.

Este enfoque nos permite explicar por qué un barrio cohesionado no siempre es bueno, ya que puede aumentar el conflicto con otros barrios, o cómo barrios muy cohesionados están más discriminados y excluidos que partes no cohesivas de la ciudad, que pueden tener más éxito y menos problemas, desde la indiferencia y la atomización (Baumgartner, 1991). Un barrio puede ser estable y sin conflictos, y tener unas débiles redes sociales.

5.1. Estrategias de vinculación a los barrios con mala fama

Las estrategias de vinculación a los espacios urbanos han cambiado y se han diversificado. Lo que tratamos de hacer aquí es clasificar esas estrategias en el caso específico de los barrios con 'mala fama'. El tener que enfrentarse a una imagen negativa dificulta la vinculación con el lugar en el que se habita. En el caso de Salamanca, esta imagen negativa provoca que haya distintas vinculaciones con el barrio. Evitar esta identificación con algo que se considera negativo diversifica las opciones. Hemos encontrado cuatro modelos de identificación con el espacio dentro de las periferias:

- Los que se identifican sólo con su barrio o una parte del mismo.
- Los que se identifican con un conjunto de barrios o con su zona.
- Los que evitan vincularse al barrio y ser identificados con él.
- Los que desean directamente abandonar el barrio.

En primer lugar, estarían **los que sólo se relacionan con su barrio**. Las relaciones se reducen a los barrios en los que se vive, y casi no existen, para este grupo, con personas de otras partes de la ciudad:

(...) A nosotros nos interesa más nuestro barrio que el resto que hay después del Tormes (G5).

(...) Yo por lo menos en otros barrios no he vivido, y conozco poco a gente de otros barrios, no me trato con ella, me trato más con la gente de mi barrio y estoy todo el día con ellos (G3).

La falta de relaciones con personas de fuera del barrio provoca que las redes se reduzcan al mismo. En este modelo es muy importante la percepción de los límites del barrio. El barrio propio puede coincidir con un barrio administrativo, pero también con un conjunto de barrios que se perciban como unidos, o con una parte del barrio que excluya los lugares donde habitan los que cumplen los

estereotipos de la 'mala fama'. Se conserva un vínculo positivo, en este caso, distinguiéndose de los espacios, muy concretos, donde viven los que realmente responden al estereotipo. Esto hace que se hagan diferenciaciones internas en los barrios, con una connotación valorativa.

La identificación con un barrio determinado es algo difuso, por esta diferenciación entre zonas de referencia y barrios en sentido administrativo. Para algunos toda la zona del Trastornes entre el río y la carretera de Béjar es, a efectos de identificación, el mismo barrio (San José). Aunque los que viven en el que es estrictamente el barrio de San José hacen diferenciaciones internas en el barrio, y administrativamente son tres barrios: La Vega, San José y El Tormes. Pueden así vincularse con áreas más amplias que su barrio, pero también con partes más pequeñas del mismo. En esta línea se hacen distinciones internas de los barrios. Así, se identifican bloques de viviendas con mala fama. El caso más llamativo es el de las viviendas del 'matadero', que físicamente estarían en el barrio del Tormes, aunque se identifican con un nombre distinto:

[...] ya no vives en el Tormes, vives en el matadero (G4).

Este cambio de nombre conlleva un cambio de status y de percepción, porque vives en un bloque malo dentro de un barrio malo, lo que obliga a reivindicar la diversidad interna, como en el barrio, si vives allí. Esto tiene efectos también en el cuidado de lo que rodea a estos bloques, reproduciendo dentro del barrio lo que a éste le pasa con la ciudad. Se crea así una nueva identificación, ('los del matadero') de la que diferenciarse, al ponerle un nombre.

También hay intentos de distinciones entre barrios que se consideran Unidos, que generan fuertes protestas. En especial con el barrio del Tormes hay cierto resentimiento. Es un barrio más reciente que el resto de la zona de San José. Se establecen diferencias para evitar la discriminación que supone vivir en un barrio catalogado como malo. De hecho evitan el término barrio, y se inventan (como decía la publicidad de la época) el término 'polígono residencial'.

- Nos tenían así, ellos eran los ricos y nosotros los pobres, nunca decían vivimos en el barrio de San José.
- Vivían en el 'polígono residencial El Tormes' (G4).

Para evitar las connotaciones negativas de identificarse con estos barrios, dividen el espacio para poder identificarse con algo distinto. Así, partiendo de que San José es quien ha tenido la mala fama, porque es el nombre genérico que da la ciudad a la zona, los que viven en los otros barrios destacan su diferencia:

[...] yo siempre lo he llevado muy mal: 'tú eres de San José', 'no, yo soy del barrio de la Vega' (G4).

Una segunda opción es la **identificación con la zona** (Trastornes completo, o Pizarrales incluyendo El Carmen y Barrio Blanco). La forma de conservar una identidad positiva en estos casos es la negación del estereotipo. Se puede asumir

la crítica desde dentro, pero si lo dice alguien de fuera (como el moderador, repitiendo sus palabras) hay una defensa unánime. Una opción es defenderse atacando, creando imágenes de los de fuera como 'pijos' e ignorantes, que no saben lo que dicen. Otra opción, más habitual, es la reivindicación de la diversidad interna, donde no todos responden al estereotipo, sino más bien una minoría.

[...] por cuatro [del barrio] que arman la de dios, las cagamos [sic] todo el barrio (G1).

No niegan que exista ese tipo de gente en la zona, lo que les molesta, y les dificulta la relación hacia fuera, es que se considere que todos son iguales. Se trata de afirmar que en estos barrios hay gente de todo tipo, como en todas partes. Meter a todos en el mismo saco se considera injusto y que no responde a la realidad. Incluso defienden el orgullo de ser de esta zona.

[...] yo estoy muy orgullosa de ser de San José, yo no cambio esta zona por una de Garrido [murmullo de asentimiento] la paz y la tranquilidad que me da pasear por mi barrio [...] hay más libertad para moverse [...] [hay] mucha familiaridad en el barrio [...] mi barrio es mi pasión, lo quiero mucho, o sea, no se puede querer a un barrio, pero la verdad es que quiero mucho a mi barrio (G3).

Se destacan así características físicas obvias, pero también el ámbito de las relaciones, con una metáfora familiar. Es decir, conoces a la gente y la gente te conoce, te mueves en un lugar casi como en tu casa, con tu 'familia'. Esto se traduce en una satisfacción general con la vida en el barrio, y en la zona (la misma persona habla de amar Buenos Aires). Aunque hay que comentar que la mayoría de las intervenciones en esta línea son reacciones a los que se desvinculan del barrio y al hecho de saberse ignorados por el resto de la ciudad, es decir, se presentan como contraste subjetivo a realidades negativas.

Una tercera opción es la de aquellos que **buscan nuevas vinculaciones, para distinguirse del barrio** en el que habitan, para evitar las consecuencias de la mala fama. Evitan ser identificados con el barrio, les da vergüenza ser de un espacio con mala imagen en la ciudad, donde nadie pisa, o bien quieren evitar las consecuencias negativas de esta identificación. En consecuencia, buscan sus relaciones exclusivamente fuera del barrio y de la periferia.

- No hacen relaciones ni amigos de aquí [...] sus amigos son de por ahí.
- No le gusta que se le vea relacionado o verse con la gente del barrio (G3).

La cuarta opción es la de aquellos que simplemente **desean abandonar estos barrios** y quieren vivir en otra zona de la ciudad. Este grupo se arrepiente de haber ido a vivir a esos barrios. Incluso gente que vivió en su infancia en el barrio no desea volver a él.

[...] mi marido se ha criado en el barrio de la Vega y era de los que decía que pasar todos los días el puente... no quería venir a vivir aquí y eso que se había criado en el barrio (G4).

En este deseo de abandono juega un papel fundamental la mala fama. La razón básica es la mala imagen del barrio, que afecta a sus habitantes. El deseo es irse a una zona mejor valorada, como las zonas que rodean al centro (Garrido es un ejemplo de ellas).

[...] yo me iría, sobre todo del barrio [...] porque tiene mala fama uno y ya tiene mala fama todo el barrio, del barrio sí me iría [...] a Garrido [...] es muy difícil cambiar el sentimiento del barrio (G3).

Algunas de estas personas viven su presencia en estos barrios con una sensación de provisionalidad, aunque lleven tiempo (8 años) en el barrio (E1). No lo consideran un espacio propio, lo que se traduce en un deseo de irse del barrio, en el caso de que fuera posible. Dentro de este modelo ubicaríamos a aquellos que directamente no se relacionan con nadie, fuera de su ámbito familiar, los que se quedan en casa. Son personas que no conocen a mucha gente, porque se dedican a su trabajo y a su familia. Tienen pocas redes y poco conocimiento del barrio, y dedican el ocio a ver televisión o a salir del barrio con la familia.

Las vinculaciones con el barrio, por tanto, son diversas y tienen relación con la imagen que tienen en la ciudad. El problema básico es la percepción que se tiene del barrio, que se transforma, en los dos últimos modelos, en sentimientos negativos hacia el barrio por parte de sus vecinos. Aún así, sigue habiendo distintas opciones de vinculación, desde el orgullo del propio barrio hasta el deseo de irse a otros, y todo esto en grupos con características similares.

5.2. Algunas consecuencias de estas estrategias de vinculación

Los más mayores aluden a que se han perdido las relaciones familiares míticas del pasado. Antes la relación se considera que era más íntima, más intensa entre los vecinos. Por el contrario, ahora parece que los demás no importan tanto como antes, hay más indiferencia.

[...] ahora la gente no nos queremos, ahora cuando se muere la gente no nos importa, como decía una amiga mía, cuando se muere alguien es como si se muriese una gallina (G5).

Pese a esta pérdida de relaciones más estrechas, los barrios son espacios en los que se pueden hacer cosas distintas, en la línea de los 'vínculos débiles', porque son espacios conocidos. Reconoces a la gente y la gente te reconoce, te mueves en un 'área de hogar', lo que influye hasta en la forma de vestir.

[...] estás en el barrio y no te cambias [de ropa], sin embargo, subir para Salamanca y ya tienes que cambiarte (G2).

Una cuestión fundamental es el uso de los espacios en estos barrios. Dependiendo de la vinculación con el barrio, se dan las dos opciones: los que usan casi exclusivamente el barrio y los que suelen usar más los espacios centrales de la ciudad. Parece haber una tendencia a usar menos el barrio que

antes, aunque también puede deberse a un cambio de etapa en el ciclo vital, vinculado a la crianza de los hijos en el caso de las mujeres.

- Me he tirado muchos años haciendo todo en el barrio: comprábamos en el barrio, pateábamos por el barrio, no salíamos del barrio para nada, si subíamos donde mis padres y pare usted de contar.
- [...] sobre todo cuando los críos han sido pequeños y no salía ni a comprar ni a nada para arriba, al centro (G4).

Lo que sí parece claro es que el ocio tiende a disfrutarse fuera del barrio. La causa es la falta de oferta en los barrios. Esto afecta a los jóvenes, sobre todo por la falta de ocio nocturno. Para los jóvenes del Trastornes, cuando se sale de 'marcha', hay que cruzar el río. Esto se enlaza con el deseo de abandonar el barrio en cuanto se pueda, en principio para tiempos de ocio. Los momentos placenteros y deseados se asocian con el otro lado del río. Los adolescentes comparten este deseo de salir del barrio para ocio. Incluso los niños dejan el barrio los fines de semana: la gente con hijos pequeños se va al centro o a los pueblos. Los adultos también buscan el ocio fuera del barrio, por ejemplo en el rastro. La misa es un lugar de encuentro importante los domingos que se está abandonando. En cambio en el centro se considera que hay más 'vida' y otras ofertas, aludiendo expresamente a las exposiciones. Esta es una situación nueva, antes el barrio era más atractivo.

[...] antes ibas a misa y después de misa a tomar el vermú, estaban los bares de maravilla, sin embargo, ahora no (G4).

También los momentos de ocio conjunto tradicionales, como las fiestas, están perdiendo atractivo en favor del centro. Se pone el ejemplo de la Cabalgata de Reyes. La razón, por tanto, es que los vecinos del barrio prefieren ir a la cabalgata de la ciudad, en el centro ("arriba"). Por tanto, al menos en el ocio, parece que se usan menos los espacios del barrio, si exceptuamos a los más mayores.

Otra cuestión importante son las diferencias que se perciben entre los barrios periféricos a la que hemos aludido como una de las estrategias de vinculación existentes. Estas diferencias se refuerzan por la separación física existente entre estos barrios, que, en el Trastornes, no forman un continuo, sino que están separados por límites claros como son las carreteras. Por eso, aunque se considera en principio que todos los barrios periféricos sufren un abandono y tienen una mala fama similar, se matiza que hay barrios que tienen peor fama, con la importancia que hemos visto que esto tiene.

Esta división entre barrios, unida a los problemas de vinculación a estos espacios que hace que se tienda a considerar distinto aquel barrio en que se vive para evitar la 'mala fama' de la zona, provoca que, pese a la unión percibida entre algunos de estos barrios contiguos, no haya una unidad de acción en el movimiento ciudadano de la zona. Pese a considerar que tienen muchos problemas en común, esto no se traduce en acciones comunes de la zona. Sólo parece haber cierta coordinación en el barrio de Buenos Aires. La explicación de esta

acción conjunta se atribuye a las características del barrio, muy aislado del resto, y de tamaño pequeño (menos de 2.000 habitantes).

Esto provoca que, al fragmentarse los espacios, no haya una población suficiente para el mantenimiento de una oferta comercial, de servicios o de ocio. Y esto dificulta a su vez la vinculación con esos espacios. La esperanza de mejora se asocia a un aumento de tamaño que provoque, al crear la clientela suficiente, una mejora de los servicios de los barrios. Incluso se espera que este aumento de tamaño atenúe la mala fama. Como ejemplo en esta línea se apunta la evolución de Pizarrales, que al crecer pierde parte de su mala fama.

- Tenía una fama malísima.
- Lo que pasa es que Pizarrales se está agrandando por la carretera de Ledesma (G4).

6. CONCLUSIONES

En definitiva, las periferias de Salamanca se presentan como espacios distintos, con una mala imagen desde fuera asociada al triángulo droga-gitanos-miedo. Se consideran barrios aislados, ignorados, donde está lo malo, y además donde debe estar lo malo, de modo que allí se manda lo que sobra del resto de la ciudad.

Desde el interior de estos barrios hay una conciencia de la diferencia por la mala fama y la separación percibida con respecto a la ciudad. Sienten que se les envía lo malo, que se les abandona y que no se les tiene en cuenta. Esto explica también la desvinculación con sus barrios de buena parte de sus vecinos, y las divisiones internas, para intentar evitar asimilarse a lo malo, lo que dificulta la unidad de acción y el uso de otros barrios de la zona, y trae como consecuencia una escasez de servicios por falta de 'clientela'. Las esperanzas de mejora van en la línea de un barrio autónomo, que tenga de todo, además de una reivindicación de lo que hay de positivo en estas zonas; y de que lo negativo se encuentra en todos lados, no sólo allí. La esperanza y la reivindicación fundamental es, ni más ni menos, que ser iguales al resto de la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Luis E. *La mirada cualitativa en Sociología. Una aproximación interpretativa*, 1ª ed. Madrid: Fundamentos, 1998; 268 p.
- ATKINSON, Rowland; KINTREA, Keith. "Disentangling Area Effects: Evidence from Deprived and Non-deprived Neighbourhoods". En: *Urban Studies*, vol. 38 nº 12, 2001; pp. 2277-2298.
- AUYERO, Javier. "This is a lot like the Bronx, isn't it?" Lived Experiences of Marginality in an Argentine Slum". En: *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 23 nº1, 1999; pp. 45-69.

Mena, Luis: Nadie quiere ser el malo. Estrategias de vinculación a los barrios con 'mala fama'

- BAKHTIN, Mikhail M. *Speech Genres and Other Late Essays*, 1ª ed. Austin: University of Texas Press, 1986; 177 p.
- BAUMGARTNER, Mary P. *The Moral Order of a Suburb*, 1ª ed. Oxford: Oxford University Press, 1991; 172 p.
- BERGER, Peter; LUCKMANN, Thomas. *La construcción social de la realidad. Un tratado de sociología del conocimiento*, 1ª ed. Buenos Aires: Amorrortu, 1968; 233 p.
- BOURGOIS, Philippe. *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*, 1ª ed. Cambridge: Cambridge University Press, 1999; 392 p.
- CASTORIADIS, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad. Vol I*, 1ª ed. Barcelona: Tusquets, 1983; 285 p.
- . *La institución imaginaria de la sociedad. Vol II*, 1ª ed. Barcelona: Tusquets, 1989; 334 p.
- DAVIS, Mike. *Ciudad de cuarzo: arqueología del futuro en Los Ángeles*, 1ª ed. Madrid: Lengua de Trapo, 2003; 387 p.
- ELLAWAY, Anne; MACINTYRE, Sally; KEARNS, Ade. "Perceptions of place and health in socially contrasting neighbourhoods". En: *Urban Studies*, vol. 38 nº 12, 2001; pp. 2299-2316.
- FORREST, Ray; KEARNS, Ade. "Social Cohesion, Social Capital and the Neighbourhood". En: *Urban Studies*, vol. 38 nº 12, 2001; pp. 2125-2143.
- GALSTER, George. "On the nature of neighbourhood". En: *Urban Studies*, vol. 38 nº 12, 2001; pp. 2111-2124.
- GOFFMAN, Irving. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, 1ª ed. Madrid: Murguía, 1987, 273 p.
- GOLDSMITH, William W. "The Metropolis and Globalization: The Dialectics of Racial Discrimination, Deregulation, and Urban Form". En: *American Behavioural Scientist*, vol. 41 nº 3, 1997; pp. 299-310.
- GRANOVETTER, Mark. "The Strength of Weak Ties". En: *American Journal of Sociology*, vol. 78, 1973; pp. 1360-1380.
- GREGORY, Derek. *Geographical Imaginations*, 1ª ed. Oxford: Blackwell, 1994; 442 p.
- GUEST, Avery M. "The Mediate Community. The Nature of Local and Extralocal Ties within the Metropolis". En: *Urban Affairs Review*, vol. 35 nº 5, 2000; pp. 603-627.
- HAWLEY, Amos H. *Ecología humana*, 3ª ed. Madrid: Tecnos, 1982; 433 p.
- IBÁÑEZ, Jesús. "Análisis sociológico de textos y discursos". En: *Revista Internacional de Sociología*, nº1, 1985; pp. 119-162.
- KEARNS, Ade; PARKINSON, Michael. "The Significance of Neighbourhood". En: *Urban Studies*, vol. 38 nº 12, 2001; pp. 2103-2110.
- LAKOFF, George; JOHNSON, Mark. *Metáforas de la vida cotidiana*, 3ª ed. Madrid: Cátedra, 1995; 286 p.
- LASH, Scott; URRY, John. *Economías de signos y espacios: sobre el capitalismo en la postorganización*, 1ª ed. Buenos Aires: Amorrortu, 1998; 465 p.
- LEFEBVRE, Henri. *La production de l'espace*, 1ª ed. Paris: Anthropos, 1974; 485 p.

Mena, Luis: Nadie quiere ser el malo. Estrategias de vinculación a los barrios con 'mala fama'

MARCUSE, Peter. "Walls of Fear and Walls of Support". En: ELLIN, Nan (ed.). *Architecture of fear*. Nueva York: Princeton Architectural Press, 1997; pp. 101-114.

MCDOWELL, Linda. "The Transformation of Cultural Geography". En: GREGORY, Derek, MARTIN, Ron y SMITH, Graham (eds.). *Human Geography. Society, Space and Social Science*. Londres: Macmillan Press, 1994; pp. 249-261.

MEEGAN, Richard; MITCHELL, Alison. "It's not community round here, it's neighbourhood': Neighbourhood change and cohesion in urban regeneration policies". En: *Urban Studies*, vol. 38 n° 12, 2001; pp. 2167-2194.

MURILLO, Soledad; MENA, Luis. *Detectives y camaleones: el grupo de discusión. Una propuesta para la investigación cualitativa*, 1ª ed. Madrid: Talasa, 2006; 166 p.

PHE, Hoang H.; WAKELY, Patrick. "Status, Quality and the Other Trade-off: Towards a New Theory of Urban Residential Location". En: *Urban Studies*, vol. 37 n° 1, 2000; pp. 7-35.

PLOGER, John. "Millennium Urbanism – Discursive Planning". *European Urban and Regional Studies* vol. 8 n° 1, 2001; pp. 63-72.

PUTNAM, Robert D. *Para hacer que la democracia funcione: la experiencia italiana en descentralización administrativa*, 1ª ed. Caracas: Galac, 1994; 333 p.

SPARKS, Richard. "Reason and unreason in left realism: some problems in the constitution of the fear of crime". En: MATTHEWS, Roger y YOUNG, Jock (eds.). *Issues in realist criminology*. Londres: Sage, 1992; pp. 119-135.

SPARKS, Richard; GIRLING, Evi; LOADER, Ian. "Fear and everyday urban lives". En: *Urban Studies*, vol. 38 n° 5/6, 2001; pp. 885-898.

TAYLOR, Ian; EVANS, Karen; FRASER, Penny. *A Tale of Two Cities: Global Change, Local Feeling and Everyday Life in the North of England. A Study in Manchester and Sheffield*, 1ª ed. Londres: Routledge, 1996; 391 p.

VOLOSHINOV, Valentin N. *El marxismo y la filosofía del lenguaje: los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje*, 1ª ed. Madrid: Alianza, 1992; 209 p.

WACQUANT, Loïc J. D. "The new urban colour line: the state and fate of the ghetto in the postfordist America". En: CALHOUN, Craig J. (ed.). *Social theory and the politics of identity*. Oxford: Blackwell, 1994; pp. 264-292.

—. "The rise of advanced marginality: notes on its nature and implications". En: *Acta Sociológica*, vol. 39 n° 1, 1996; pp. 121-139.

WILLIAMS, Raymond. *La larga revolución*, 1ª ed. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003; 356 p.

ZEDNER, Lucia. "In pursuit of the vernacular: comparing law and order discourse in Britain and Germany". En: *Social and Legal Studies*, vol. 4 n° 12, 1995; pp. 527-534.